



La alegría.

TENDRÉ la enfermedad de encontrarlo todo alegre?... Aquí, en la metrópoli argentina, me pasa lo mismo que me había pasado antes en otros lugares donde los demás ven brumas y melancolías, donde yo encuentro la más delicada alegría de vivir. Todo se me antoja feliz, todo me sonrío, todo me hace pensar en la plenitud de ventura que corresponde á la existencia joven y sana. No obstante, cada vez que abro un libro sobre Buenos Aires me encuentro con las inevitables variaciones sobre la tristeza de la gente.

«Este pueblo—dice Santiago Rusiñol—es un pueblo triste por dos motivos: por la línea recta de las calles y por la vida de los habitantes, divididos en secciones: los que

»desbordan de los navíos de Europa, fletados
»por la miseria y la tristeza, y los que ya
»están en tierra faltos de arte y sobrados de
»dinero; los que luchan y los que ya están
»cansados; los que nunca han estado conten-
»tos y los que ya están descontentos.»

¿Triste esta gente, tristes estos hombres,
tristes estas mujeres?... No. ¿Por qué han
de serlo? Las causas que mi querido y admi-
rado Rusiñol indica son absurdas. ¿Qué tie-
ne de triste, en efecto, la línea recta de las
calles? Será fea, será monótona, será antiar-
tística. Triste, no. Y en cuanto á los emi-
grantes, podrán ser todo menos tristes. ¿Se
ha visto jamás á Jasón triste?...

*

El signo de la alegría de los pueblos, se-
gún los sociólogos, se halla en la abundancia
de sus días feriados. No quiero meterme en
averiguar si los argentinos tienen más fiestas
de guardar que los españoles ó los franceses.
Un dato indica, no obstante, que desperdician
pocas oportunidades, y es el de haber
declarado feriado el 1.º de Junio de este año
de gracia 1914 por ser el día del Censo.

—Mas es justamente en las fiestas—excla-
man mis contradictores—donde se advierte
la tristeza de esta gente. ¿No notó usted,
durante los desfiles populares del 25 de
Mayo, la calma silenciosa de la muchedum-
bre?... No se oían ni gritos ni clamores...
¿Qué diferencia con otros pueblos!...

Es cierto. Otros pueblos hay que, apenas
salen á la calle para celebrar una fiesta, se
rompen los pulmones gritando. ¿Y qué pue-
blos son estos? Desde luego no es Sevilla,
no, en donde las procesiones se desenvuelven
en un noble silencio. Ni es tampoco Floren-
cia, por cuyas calles hemos visto pasar, sin
ruido, magníficos desfiles. Es Hamburgo,
que grita en cuanto se congrega alrededor
de una barrica de cerveza; es Manchester,
en las grandes ocasiones; es Bruselas, en
toda circunstancia y con cualquier pretext-
to. ¿Puede por eso decirse que los alema-
nes, los belgas y los ingleses son más ale-
gres que los andaluces y los toscanos?...

*

La alegría de Buenos Aires no es una
alegría de día de fiesta, ni de borrachera,

ni de barullo. Sus habitantes no ríen, no gesticulan, no hablan alto. Pero sonríen. Y no me refiero á la sonrisa culta, intencionada y algo estilizada que el mismo Santiago Rusiñol ha descubierto en los labios de la *élite* porteña. Me refiero al sonreír de la calle, al del cochero, que no es gruñón cual el de París, ni desmayado cual el de Madrid; al de los guardias municipales, al de los camareros de café, al de los vendedores de billetes de lotería, al de los dependientes, al de los simples paseantes, en fin. Ya Anatole France notó que entre la gente callejera, que en el resto del mundo contiene una proporción grande de seres sórdidos y sucios, no hay uno solo, así, ni uno, que tenga aspecto miserable. ¿Dónde están los vencidos, los sin trabajo, los derrotados en la lucha por la vida?... Yo no los veo. Y ello sólo basta para dar á la ciudad un aspecto de dicha, de bienestar y de alegría que en ninguna otra parte del mundo se ve.

*

Si esto os parece un modo negativo de considerar el asunto, y si me decís que se

puede ser muy rico y no ser alegre, dejadme invitaros á tomar asiento en una terraza cualquiera de la avenida de Mayo. La hora no importa. Al cabo de diez minutos estaréis rodeados de minúsculos limpiabotas que os propondrán dar lustre á vuestro calzado, aunque esté más reluciente que un espejo. No os inquietéis. Estos chicos, que llevan un cepillo y una caja de betún, no tienen nada de insoportables. Decidles «no», y no insistirán. En realidad, ni siquiera tienen empeño en trabajar. Su oficio es para ellos un juego. Corren, bromean, se disputan el pie del parroquiano que ríe, y nunca ponen en el cumplimiento de sus deberes la meticulosa é insoportable conciencia de los «lustros» de Italia. La mayor parte, sin embargo, parecen venir de las costas italianas, con sus deliciosas cabecitas rizadas, sus bocas de querubines y sus manos sucias. Son gorriones que viven en la calle y de la calle. Todo les divierte y todo les hace reír. Cuando uno de ellos se está comiendo un pastel, y otro, por detrás, se lo quita y se lo traga, la risa es general. Cuando un policía, con mano algo ruda, los aparta de la acera para dejar libre el paso, la risa es

universal. Sin motivo ríen como en el guiñol. Y es que, realmente, resulta un perpetuo guiñol la vida de esos seres menudos, que son felices siendo miserables y que convierten el más bajo de los quehaceres en un juego sin fin.

¿Los minúsculos limpiabotas han acabado de interesaros? Mirad entonces á los demás vendedores ambulantes. Esa mujer morena, bien vestida, que os ofrece una camelia algo marchita para el ojal, no tiene nada de lo que en sus hermanas de Europa molesta. Con una sonrisa se acerca. Con otra sonrisa se va. ¿Y este que viene ofreciéndooos carteras de cueros variadísimos? Este es un sér que no existe sino en este país, donde la gente suele tener billetes de Banco y no saber dónde llevarlos. Decidle: «No, gracias», y veréis que sonrío y se va. Ninguno de los que comercian tiene la crispación de los buhoneros de otras ciudades. Vender ó no vender, poco diríase que le importa. Con su cara alegre sigue su camino, acariciando de seguro sueños de fortuna.

—De tal modo han comenzado muchos de nuestros millonarios—oímos asegurar á cada instante.

En una ciudad así, en la que el potentado de hoy es á menudo un mendigo de ayer, los pobres viven como los héroes de *Las mil y una noches*, confiando en un Kismet occidental que lleva una levita y un sombrero hongo, pero que tiene, lo mismo que el de Bagdad, el poder de cambiar la condición de sus elegidos con una sola mirada. En los cuentos árabes el genio del azar dice á los que oyen, tomando café, las lecciones de la filosofía eterna: «¡Oh! Mortales: oid bien la enseñanza que os da el Destino, y prestad atención grandísima á las vicisitudes con que sabe hacer variar vuestra vida, ora elevándola muy alto, ora precipitándola muy abajo, cual una cuba en un pozo sin fondo.» Ante las mesas de los cafés de Buenos Aires, donde se reúnen los que luchan, los que codician, los que esperan, una voz misteriosa, con acento criollo muy parecido al acento árabe, murmura palabras análogas, infundiendo un mágico optimismo en el alma de las multitudes. La única diferencia está en que el oriental, después de escuchar, sigue soñando, mientras el argentino se mueve. Pero el fondo de las divinas ilusiones, que á veces se convierten en bellas realidades, es

el mismo. En las terrazas de la avenida de Mayo, cuando os distraéis viendo á la gente, contemplad á los que se sientan solos en las mesas vecinas y notaréis que no hay ni uno entre ellos que carezca de cierto aire de esperanza. Aun los menos dichosos, en efecto, esperan, y la esperanza les da la sonrisa de la alegría, de la dicha, de la ilusión.

*

El filósofo de la *joie de vivre*, Gabriel Tarde, ha demostrado que los pueblos son más ó menos alegres según se aburren más ó menos. No es la miseria, no es la fatiga, no es el clima, no es el temperamento lo que hace que los hombres sean tristes. Es el aburrimiento. En las ciudades donde el obrero domina de un modo absoluto, donde sólo hay fábricas, donde el dolor de la mina mancha de negro el alma, donde el hombre, más que un sér, es una rueda en un engranaje, donde las industrias pequeñas desaparecen por no poder competir con el vasto maquinismo, en Lille, en Saint-Etienne, en Barcelona, en Manchester, en Bremen, el aburrimiento es general y la tristeza es

visible. En cambio, en los pueblos que han conservado sus oficios variados y sus industrias pequeñas, en Cádiz, en Florencia, en El Cairo, existe una alegría visible.

En Buenos Aires hay, entre los que trabajan, muchos que se quejan de mil penas y de mil dolores. De aburrimiento, ninguno. ¿Cómo van á aburrirse, en efecto, los que viven con esperanzas positivas, los que acarician ensueños espléndidos?

Claro que no hablo de lo que se llama la aristocracia. Los ricos, los que lo tienen todo y de todo están á veces hastiados, pueden, aquí lo mismo que en el resto del globo, aburrirse y ser tristes. Los otros, los de la calle, los que forman la atmósfera verdadera de la ciudad, los que crean la gran palpitación de la vida visible, esos no: ni se aburren ni son tristes. Los mismos emigrantes, que son los que van en los buques fletados por la miseria de que habla Rusiñol, abandonan, en cuanto llegan, sus tristezas pasadas. ¿Y cómo no han de hacerlo, si antes de desembarcar sienten ya sus almas acariciadas por el aliento sublime de las esperanzas milagrosas?

El día de mi arribo á Buenos Aires, en el puente del navío que me traía sentí la fuerza revivificadora que posee la tierra americana.

¡Oh, escena inolvidable!

—¡El puerto!... ¡El puerto!...

Y con una impaciencia que hacía pensar en los antiguos pilotos de las carabelas cuando gritaban: «Tierra, tierra», todos corrían hacia la proa murmurando palabras de entusiasmo.

—Véalos usted—decíame, sonriendo, un compañero de viaje—; parece que hubieran descubierto un mundo.

Yo también sonreía. No obstante, si hay un espectáculo serio, más aún, un espectáculo patético, era el de aquellos seres que, atraídos por el brillo de un toisón menos fantástico que el de los compañeros de Jasón, venían de todos los rincones del mundo hacia la comarca cuyo solo nombre es ya una promesa de fortuna.

¡La Argentina!

¿Hay lengua humana en la cual estas sílabas dejen de tener una sonoridad de metal precioso? La Argentina se dice en Rusia lo mismo que en España, en la Gran Bretaña

lo mismo que Oriente, en la China lo mismo que en Grecia, y siempre el alma percibe imágenes de grandeza y de trabajo, imágenes salvadoras para el que no puede contentarse con la vida de su pueblo natal, imágenes halagüeñas y generosas para todos.

En el puente de proa, en el instante solemne de la llegada, y ante la visión vaga del puerto apenas perceptible, noté lo que significa para la humanidad desheredada la esperanza de la tierra prometida. Como las multitudes bíblicas, las cohortes de los emigrantes yérguense en el minuto supremo, frente á la nueva Canaan, para elevar con la mente un himno oscuro y sublime al dios ignoto de los destinos modernos. No es una ilusión mía esta metamorfosis mística. Los más fríos observadores á quienes se les hace contemplar el espectáculo de un barco que se acerca al gran puerto de América cargado de humildes buscadores de fortuna, notan la llama súbita que ilumina los rostros. En un instante los ojos más fríos se iluminan, las mejillas más lívidas se animan, los labios más secos se entrecierran. Allí, frente á ellos, en las comarcas nuevas que el Plata baña, es donde los infelices sueñan ver sur-

gir las áureas enramadas de Eldorado y donde, por lo pronto, encuentran la esperanza, es decir, la dicha, la alegría, el aliento.

*

Por todas partes, en efecto, una chispa de entusiasmo, de optimismo, de ilusión y de bienestar brilla en la gran metrópoli americana. ¿Cómo han hecho para no verla los viajeros que hablan de la tristeza de Buenos Aires? Yo creo que el error está en la definición de lo que es alegría.

«La alegría—dice Gabriel Tarde—es la »fe, la fe en sí y en los demás, la fe y la »confianza en la vida; la alegría es, más »que el olvido de males pasados ó de males »ajenos, el consuelo de todos los males; la »alegría es la esperanza, lo mejor de la »vida.»

Ya lo oís. Y ahora, francamente, decidme: ¿hay en el mundo una ciudad donde más común sea esperar y confiar? ¿Hay una ciudad que sonría con mayor espontaneidad y mayor constancia?...

FIN

CAPITULO ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA